

Una vez so'la intentó Mario romper aquel silencio. Hizo intervenir en la conversación la calle de la Chanvrerie, y volviéndose al señor Fauchelevant, le dijo:

—Conocéis perfectamente esa calle, ¿no es verdad?

—¿Qué calle?

—La de la Chanvrerie.

—No tengo ninguna idea del nombre de esa calle, —contestó el señor Fauchelevant con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que se refería al nombre de la calle y no á la calle misma, pareció á Mario más concluyente de lo que en sí era.

—Decididamente, —pensó, —he soñado. Ha sido una alucinación. Alguno que se le parecía sin duda. El señor Fauchelevant no estaba allí.

VIII

INVESTIGACIONES INÚTILES

El encanto, aunque grande, no consiguió borrar en el espíritu de Mario otros cuidados.

Mientras se disponía el casamiento y llegaba la época fijada, se dedicó á hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenía contraídas deudas de gratitud con varias personas, tanto en nombre de su padre, como en nombre suyo.

Una era la de Thenardier, y otra la del desconocido que le había llevado á casa de su abuelo, el señor Gillenormand.

Mario deseaba encontrar á estos dos hombres, pues no podía conciliar la idea de casamiento y felicidad con la de olvidarlos, pareciéndole que esas deudas de reconocimiento, no pagadas, proyectarían una sombra en su vida, tan luminosa en adelante. Érale imposible dejar tras de sí tales partidas en descubierto; y quería, antes de entrar alegremente en el porvenir, recibir el finiquito del pasado.

El que Thenardier fuese un infame, no impedía que hubiese salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos, excepto para Mario, que ignoraba la verdadera escena del campo de bata-

lla de Waterlloo, y no sabía, por lo tanto, que su padre, aunque debía la vida á Thenardier, no le debía, en atención á las circunstancias particulares de aquel hecho, ninguna gratitud.

Los varios agentes que empleó Mario, no llegaron á descubrir la pista de Thenardier. Por parte de este individuo, el eclipse parecía completo. La Thenardier había muerto en la cárcel durante el proceso. Thenardier y su hija Azelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habían desaparecido de nuevo en las tinieblas. El abismo social de lo desconocido se había vuelto á cerrar silenciosamente sobre su cabeza, y ni siquiera se veía en la superficie ese estremecimiento, ese temblor, esos oscuros círculos concéntricos que anuncian que ha caído algo y que se puede echar la sonda.

La muerte de la Thenardier, la absolución de Boulatruelle y la fuga de Suenadiner y de los principales acusados, habían hecho abortar, ó poco menos, el proceso referente á la emboscada de la casuca Gorbeau. Aquel asunto quedó envuelto en cierta obscuridad. El tribunal había tenido que contentarse con dos subalternos. Panchaud (a) Primavera (a) Colmenero y de Demi-liar (a) Dos Millares, que fueron condenados á diez años de presidio, siéndolo á cadena perpetua sus cómplices fugados y contumaces. Contra Thenardier, como jefe y autor de la trama, recayó, también por contumacia, sentencia de muerte. Esta sentencia era lo único que quedaba acerca de Thenardier, y su siniestra claridad, esparcida sobre este nombre, causaba el efecto de una vela alumbrando un ataúd.

Por lo demás, la pena capital, lanzando á lo último del abismo á Thenardier, quien naturalmente quería burlar la vigilancia de la justicia, espesaba todavía más las tinieblas en que caminaba envuelto.

En cuanto al otro, esto es, al individuo que había salvado á Mario, las indagaciones dieron al principio algún resultado, y luego cesaron de darle de ninguna clase. Consiguióse hallar el carruaje que había traído á Mario á la calle de las Monjas del Calvario la noche del 6 de junio. El cochero declaró que el 6 de junio, de orden de un agente de policía, se había situado, desde las tres de la tarde hasta la noche, en el muelle de los Campos Elíseos, por cima de la salida de la alcantarilla grande; que á eso de las nueve de la noche, la reja de la alcantarilla que da al ribazo se había abierto, saliendo por ella un hombre con otro áuestas, el cual parecía estar muerto; que el agente, colocado allí en acecho, había preso á ambos, y que los tres entraron en el carruaje con dirección á la calle de las Monjas del Calvario, donde se dejó al muerto; que este muerto era el mismísimo Mario, á quien conocía perfectamente, aunque ahora vivo; que luego se habían vuelto á poner en marcha, mandándole parar á pocos pasos de la puerta de los Archivos, y que allí, en medio de la calle, le pagaron y despidieron, llevándose el agente al otro individuo. Esto era cuanto sabía, y añadió que la noche estaba muy oscura.

Mario, ya lo hemos dicho, no recordaba nada. Sólo hacía memoria de que le habían cogido por detrás con mano enérgica en el momento de caer al suelo; lo demás no existía para él.

Recobró el conocimiento en casa del señor Gille-normand.

Perdíase en conjeturas.

No podía dudar de su identidad. ¿Cómo se comprendía, sin embargo, que habiendo caído en la calle de la Chanvrerie, el agente de policía le recogiese en el ribazo del Sena, junto al puente de los Inválidos? Alguien le había trasladado desde el barrio de los

Mercados á los Campos Elíseos. ¿Y cómo? Al través de la alcantarilla. ¡Inaudita abnegación!

¿Y quién era ese alguien?

A descubrirle se dirigían todas las pesquisas de Mario; y hasta la fecha, ni el menor indicio, ni el más leve rastro acerca de ese hombre, su salvador.

Mario, aunque teniendo que guardar en esta parte mucha reserva, acudió á la misma prefectura de policía. Allí, lo propio que en otros puntos, los datos que se recogieron no aclararon nada. La prefectura sabía menos que el cochero. No se tenía allí noticia de ninguna aprehensión verificada el 6 de junio en la reja de la alcantarilla grande; no se había recibido parte alguno, y así se consideraba aquel hecho mera fábula, atribuyendo su invención al automedonte. Un cochero á caza de propinas es capaz hasta de tener imaginación. Sin embargo, el hecho era cierto, y Mario no podía ponerlo en duda sin dudar al mismo tiempo de su identidad, como acabamos de decir.

Todo, en este extraño enigma, era inexplicable.

¿Qué había sido de aquel hombre, personaje misterioso, á quien el cochero vió salir de la alcantarilla grande, con Mario desmayado á cuestras, y que el agente, colocado en acecho, prendió en el acto de querer salvar á un insurrecto? ¿Qué había sido también del agente? ¿Por qué este agente había guardado silencio? ¿Habría logrado evadirse aquel hombre? ¿Habría corrompido al agente? Y en tal caso ¿cómo no daba señal de vida, acudiendo á Mario que se lo debía todo?

El desinterés no era menos prodigioso que la abnegación. ¿Por qué no se presentaba? Tal vez no necesitase de recompensa; pero la gratitud del beneficiado no está nunca de más al bienhechor. ¿Habría muerto? ¿Qué clase de hombre era? ¿Qué figura tenía? Nadie podía decirlo. El cochero se limitaba á respon-

der, que la noche estaba muy oscura. Vasco y Nicolasa, en su azoramiento, no habían fijado la vista sino en el señorito cubierto de sangre. El cochero, cuya vela había alumbrado la trágica llegada de Mario, era el único que recordaba algo del individuo en cuestión; pero sus señas no se extendían más allá de esta frase:

—«Era un hombre espantoso.»

Esperando que le ayudarían en sus investigaciones, hizo Mario conservar los vestidos ensangrentados que tenía puestos, cuando le trajeron á casa de su abuelo, y al examinar la levita, se notó que uno de los faldones estaba roto. Faltábale un pedazo.

Una tarde hablaba Mario, delante de Cosette y de Juan Valjean, de toda esta singular aventura, de la multitud de datos que había recogido y de la inutilidad de sus esfuerzos. Impacientábale el rostro frío del señor Fauchelevent, y exclamó con una vivacidad que casi tenía la vibración de la cólera:

—Sí, ese hombre, quien quiera que sea, ha estado sublime. ¿Sabéis lo que ha hecho? Ha intervenido como el arcángel. Ha sido preciso que se arrojase en medio del combate, que me arrebataste de allí, que abriese la alcantarilla, que bajasé á ella conmigo. Ha tenido que andar más de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado, en medio de las tinieblas, al través de las cloacas. ¡Más de legua y media, señor, con un cadáver á cuestras! ¿Y con qué objeto? Sin otro objeto que salvar aquel cadáver. Y el cadáver era yo. Dijo sin duda entre sí: quizá en ese miserable haya todavía un resto de vida, y para salvar esa pobre chispa voy á aventurar mi existencia. ¡Y no la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso era un peligro. La prueba es que le prendieron al salir de la alcantarilla. ¿Sabéis que ese hombre ha hecho todo esto? Y sin esperar ninguna recompensa. ¿Qué

era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Oh! si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen míos...

—Son vuestros,—interrumpió Juan Valjean.

—Pues bien,—continuó Mario,—los daría por encontrar á ese hombre.

Juan Valjean guardó silencio.

LIBRO SEXTO

LA NOCHE TOLEDANA